

# el niño ciudadano del ideal

Danilo Sánchez Lihón

*"Tus hombros soportan el mundo y él  
no pesa más que la mano de un niño".*

*Carlos Drummond*

Víctima invisible de la situación de desorganización y caos en que viven muchas sociedades que se debaten en crisis, por su situación de subdesarrollo y dependencia, es el niño. Aún más que la mujer, que es otra de las sacrificadas pero que siquiera su dolor aparece en los reportajes que se hacen en los mercados, o su penuria y protesta se patentiza al expresarla en calles y plazas.

El niño no aparece en los noticieros, ninguna cámara de televisión ingresa hasta los cuartos oscuros, hasta los patios y azoteas donde se lo confina después de los maltratos, después del desahogo que un padre o una madre inconcientes descargan sobre él. Porque siempre la cuerda se rompe por el punto débil e indefenso; siempre lo que se afecta en situaciones de crisis es lo más tierno y sensible: y ahí en ese punto están precisamente los niños.

Schopenhauer dividía a la humanidad en el niño, la mujer y el hombre afirmando que este último es "el verdadero ser humano".

Ahora bien, si eso pensaba un filósofo, es decir un hombre superior, un ser confrontado con las ideas, los valores y los principios, ¿qué podemos esperar de un ser humano cualquiera, agobiado de problemas, con familia a quién sostener, a la que no puede dar sustento y que precariamente vive en el Cerro San Pedro del distrito de La Victoria, en Lima? Siendo así y de acuerdo con Schopenhauer, ya deberíamos estarnos comiendo a los niños, crudos o cocidos, servidos en diversidad de potajes o sin aderezos, puesto que ellos no son verdaderos seres humanos.

De allí que hay en estos momentos atroz sufrimiento en una gran mayoría de ellos, porque ven a sus padres padecer y porque éstos descargan en ellos sus traumas y frustraciones, que se expresa en el castigo y en el maltrato físico y moral de que se los hace víctimas. Bien miradas las cosas, ya es una pena para ellos la falta prolongada de sus padres en sus hogares, porque éstos tienen que recurrir al doble empleo para mantener a sus familias o, por el contrario, es una sanción su presencia amarga y hostil en las casas. Lo mejor que debieran tener los niños —es decir sus padres— o no los tienen o los tienen pero mal.

Y nosotros los hombres, después de haber cometido una falta, un abuso, una ofensa con el niño, no somos tan hombres como para ir y pedirle disculpas o perdón. Es más fácil arrepentirse ante la mujer, que hacerlo ante el niño, porque él "no es persona", él no tiene poder, no recurre a ningún ardid para hacer sentir al otro su infamia y su maldad. Tiene que tragar su resentimiento, tiene que reprimirse, desahogarse: latigueando al suelo, apedreando un objeto, destrozando el juguete querido, haciendo rodar de una patada al gato, matando al pajarito en la escalera.

El será aquel adulto de mañana o de pasado mañana, erizado, recubierto de púas, cavernícola; porque cuando era niño hicimos de él un cúmulo de resentimientos, un hato de rencor que tuvo que explotar tarde o temprano, acrecentando la violencia, haciendo subir a su grado máximo el odio hacia su sociedad y a su mundo. De allí el feroz desarraigo de muchos jóvenes respecto a su realidad, su sociedad y hasta su familia.

Muchas veces salimos a protestar en las calles con nuestros carteles, en campaña loable, por "lo mala que es la televisión" o "por la paz en contra de la guerra", o por "el consumo de drogas", es decir por aquellos problemas de afuera, problemas "macros", problemas de política muy general. Pero por lo cotidiano, menudo y corriente,

por aquello que está metido en nuestra casa, al interior de nuestra ropa, bajo la piel que nos envuelve, por eso no clamamos alzando los brazos, eso no nos parece cuestionable, pasa como si nada, siendo más bien ahí dónde está el verdadero problema.

Se dice que los niños son el futuro de un país pero es falso, son el presente en nuestra sociedad; y ellos esperan una comprensión más razonable acerca de su mundo, reclaman urgentemente desvelo y cuidado, debiendo nosotros afrontar, en relación a todo ello, varios aspectos esenciales que enfocaremos suscintamente y que guardan directa relación con la condición de vida y las categorías de valor con que estamos actualmente viviendo.

Dichos problemas son los siguientes:

### **1. Negamos al niño la condición de persona humana**

El primer asunto y quizá el fundamental es la negación de persona humana con que tratamos al niño en nuestra sociedad, actitud explícita o tácita, que tiene sus patronos y propugnadores ilustres, tan antiguos y modernos como Aristóteles o Schopenhauer.

El primero pensaba que "el niño es un papel en blanco en el cual podemos escribir lo que se nos antoje", infundió y hasta atrocidad dicha nada menos que por el filósofo cuyo pensamiento ha prevalecido durante siglos en la pedagogía y en el orden social, de allí que sea muy natural entonces pensar que el niño está para obedecer, acatar, hacer lo que otros determinan que haga.

De allí que sea muy lógico imponerle nuestros gustos, no dejando que él decida por sí mismo; de allí que pensemos que él debe aprender de nosotros y grabar lo que se nos ocurra, como si fuese tabla rasa o borde de playa mojada; de allí que pensemos que su cerebro es un recipiente vacío que nosotros llenamos indiscriminadamente, como si guardáramos objetos en un cajón o adoquines en la nevera, concepción que ahora es fácil ver que no solo es errada sino hasta inmoral.

Pero, en vinculación a todo esto, hay algo más infame aún: exigimos que el niño sea lo que nosotros no pudimos ser. Le decimos: Yo quise ser médico (o ingeniero, o abogado) pero no pude. Tú tienes que llegar a serlo". Si ese padre no tuvo valor para ser aquello que quiso, ¿qué derecho tiene entonces para imponer esta obligación a otra persona? Y es que esa es la cuestión: no damos todavía al niño la categoría de persona humana, con identidad, dignidad y capacidad de elegir.

## 2. Negamos al niño espacio y lugar

Pero la niño no solo le hemos abolido la condición de persona humana sino que le negamos lugar, sitio y ambiente en donde estar. El no tiene espacio en nuestro mundo, en nuestra ciudad, en nuestro país: lo hemos expulsado, confinado, arrinconado, porque entre ceja y ceja hemos concluído o hemos adoptado el concepto que éste es un mundo para adultos, para hombres fuertes, para "machos". O algo peor aún: actuamos así sin siquiera darnos el trabajo de tener el concepto.

Contaré al respecto lo siguiente: Una señora que llegó de Europa me preguntó al tercer día de caminar por las calles de Lima: "¿Dónde están los niños?" Esa pregunta, me reveló una realidad nacional de espanto, cual es el confinamiento en que los hemos puesto: no van en los ómnibus, no pasean por las calles, no se sientan en los restaurantes, no corretean en las plazas. Claro, no habíamos pasado aún por las esquinas en donde hay niños, pero en condición de mendigos: de lustrabotas, de limpiadores de lunas de autos, de infladores de llantas en los grifos. Pero a punto estaba de decirle, recurriendo a un lugar común:

— "Están en sus casas".

Pero me contuve, reaccionando a tiempo, porque íbamos a visitar a varios amigos en sus casas en donde temí —previéndolo— que no encontraríamos a ningún niño, sino a "la familia", todos lógicamente adultos. Dicho y hecho. Así fue. No estaban los niños, no los presentaron, no aparecieron por ningún lado. Ya de vuelta hacia su hotel me preguntó:

- "¿Qué porcentaje de población infantil tiene el Perú?"
- "Más del 50 o/o"—, respondí.
- "¡No puede ser!" —me dijo,— "debe haber un error, pues se ven menos niños que en países en donde la población infantil es mínima".

Y es que al niño en nuestra realidad se le confina, se le trata como elemento de tercera o quinta categoría, se lo esconde porque no es presentable y el lugar adonde se le determina estar es el patio trasero, o la azotea junto a los trastos, los muebles y las cosas inserviles, o junto a las sirvientas o al lado de las abuelitas, si a éstas se

las trata mal, por supuesto. El no puede estar en la sala porque está encerada, rompe la vajilla, despostilla los muebles; porque el orden y la consideración de las cosas se ha establecido desde la perspectiva del adulto.

Tiempo después, al caminar con mis hijos por la ciudad, he comprendido por qué Lima (y en realidad todo el país) está deshabitada por los niños y es que no hay condiciones para que los padres lleven consigo a los pequeños. Nuestras ciudades están hechas para hombres físicamente fuertes, agresivos y hasta inescrupulosos, porque cada paso es una lucha que hay que vencer, una batalla para apropiarse de un lugar, una guerra donde hay ganadores pero más perdedores.

### 3. El súbdito y esclavo que tenemos en casa

Otro problema no menos grave es la condición de súbdito y esclavo que hemos dado al niño en nuestras casas, hecho que se hace evidente en las órdenes que imponemos con increíble brutalidad, que implantamos con violencia y presión, con gritos a los niños sobre quienes descargamos todo el peso de nuestro poder. El es la indefensa persona que soporta las peroratas ofensivas, en las cuales le sacamos en cara que le damos de comer, que lo vestimos, que lo educamos, que él es un gasto inútil y un bulto sobre nuestros hombros.

Le decimos a él todo lo que no consentimos jamás que nos lo diga alguien a nosotros, ni el ser más querido. Por la centésima parte de lo que decimos a un niño, cualquiera de nosotros encontraría justificado hasta matar. Y lo decimos a nuestro hijo (o hija) como desahogo de lo que no hemos tenido el coraje de decir al compañero de trabajo, al cual consideramos un sinvergüenza, o al jefe que nos maltrata. Sin embargo, con saña, alevosía y ventaja, se lo endilgamos a aquel.

Y es que cuando damos órdenes al niño nos suponemos jefes, nos sentimos realizados porque tenemos por fin un súbdito, un mandadero que nos llena de orgullo que esté siempre atento a obedecer lo que se nos ocurra, sin interesarnos en averiguar lo que pasa en su mente, si está dispuesto o no a hacer lo que le dictamos, si halla o no razonable lo que le enviamos a ejecutar; y lo hacemos sin conocer su opinión, sin perderle "por favor", como hacemos con la dama o la señorita ante quien nos deshacemos de atenciones.

#### 4. La violencia y el derecho que nos arrogamos de ejercerla

Otra grave responsabilidad de la comunidad actual en relación al niño es la violencia física, moral y verbal, que se ejerce en contra de él. Si descorremos esta cortina o destapamos este problema en sus reales términos, veríamos que nuestra sociedad gime, porque es tan lacerante la condición del menor de edad en el Perú, que nos oprimiría el alma conocerlo y revelarlo en toda su crudeza.

Ahora mismo, mientras escribo estas páginas, un niño se queja en la casa de al lado; suplica, pide perdón; luego escucho insultos y gritos de dolor. La madre, que es soltera, le pega inmisericorde, lo acusa de ladrón. Ella le deja solo todo el día encerrado con su perro, mientras se va a trabajar. Desde la ventana del segundo piso cuando me asomo, me hace muecas, tratando de llamar la atención, apunta sus manos y hace como que me dispara y me mata. Yo le pregunto por su perro, a quien ha puesto el nombre "Nimetoques". Después que entro, está como una hora tirando cualquier cosa a nuestro patio queriendo comunicarse con alguien.

Ya de noche llega la madre. A veces tarda, entonces él, que se llama Pancho, trepa hasta una pared y allí está durante varias horas esperando en silencio, ¿Con qué angustia en el corazón —digo yo— esperará ese niño a su madre? Pero cuando ésta llega, algo encuentra mal y descarga todo su furor en el pequeño, de apenas 8 años.

En un reportaje a diversos niños del Perú, uno de ellos que trabaja de lustrabotas y tiene 8 años, como Pancho, dijo estas palabras: "No soy malo porque sino nadie me quiere, pero tampoco soy bueno porque sino abusan de mí". Esa es lamentablemente la condición de muchos niños en nuestro país: la de adultos precoces, la de doctores prematuros en el bien y el mal, la de conciencias asombradas de lo atroz y terrible que resulta ser niño en estos momentos en el Perú.

#### 5. Los condenamos y maltratamos por jugar

"Nada es más importante que un niño", escuché decir a un líder latinoamericano, principio que es natural y de sentido común, pero qué lejano e ilusorio resulta todo ello cuando lo cotejamos con nuestra realidad; en donde condenamos, castigamos, vilipendiamos a un niño hasta por jugar, es decir por su capacidad de recrear el mundo, de descubrir su realidad, de experimentar y construir, hechos que los

niños alcanzan a través del juego.

En nuestras casas, en la escuela, en la comunidad en que vivimos, niño jugueteón es niño malcriado, "oveja negra", "vergüenza de la familia"; porque queremos niños quietos; formales, súbditos; que no nos den problemas, que acaten y obedezcan, razón que hace que maltratemos, castigemos y marginemos al niño, simplemente por su capacidad de ser despierto e inteligente frente al mundo.

E incurrimos en aquello, cuando se ha demostrado que los hombres de éxito son aquellos que realizan su trabajo como si fuera un juego y que sólo eso es posible cuando en la niñez hubo experiencia plena de jugar y ser felices, de tener libertad para innovarlo todo.

Si ordenáramos la educación, la familia y la comunidad —en donde fundamentalmente hay niños— en función de algo auténtico, tendríamos que hacerlo a partir de reconocer al juego como la clave fundamental para dicha organización, puesto que es lo que caracteriza al niño, dado que es la forma como él se relaciona armónicamente con el mundo. Así, todas las capacidades, habilidades, destrezas y proyecciones las tendremos afloradas para poder conducir todo proceso, siendo el primer resultado nuestra propia redención porque el primer beneficiado de esa comprensión será el adulto.

## 6. Difícilmente nos comunicamos con el niño

Otro aspecto igualmente fundamental, y que en este caso dejamos de hacer con el niño, es comunicarnos; que no es lo mismo a "hablar con él", porque muchas veces hablamos para darle lecciones, pontificar acerca de las cosas, obligarlo a hacer algo que nosotros queremos que haga, hechos que indudablemente no son comunicación porque ésta es una relación horizontal, de mutuo respeto, dispuesta a expresar nuestras ideas y a aceptar las ideas del otro. ¡Eso no hacemos!

Nuestra relación o conversación con el niño es de consejeros, de "personas experimentadas" que van a prevenirle algo, prepararlo para la vida, etcétera; asuntos de los cuales el niño está harto, que desprecia y abomina porque hemos perdido en el fondo "autoridad" ante él, porque conoce más que nadie nuestras dobleces y nuestras miserias, porque sabe que la ley es la del embudo: él debe ser bueno y correcto, pese a que los adultos nos portemos como patanes.

El niño necesita comunicación, aunque él demuestro no quererla, de ser ya ese ser enconchado en sí mismo, cerrado y no dispuesto a soltar prenda de lo que le embarga y atormenta, muchas veces porque tiene miedo, se espanta y teme establecer esa comunicación; porque ahí en su delante encuentra un abismo entre él y nosotros, abismo que los adultos ya no vemos ni reconocemos.

¿Nos importa ese miedo?. Temo que no. Y es más: Si lo sabemos no lo aceptaríamos, porque tenemos también el prejuicio que todo miedo es debilidad. Y porque queremos hacer del niño un ser duro, sin escrúpulos, porque tememos que sea explotado y en esa inquietud hacemos de él un explotador. "Que triture pero que no sea triturado", es nuestro lema; tornándolos en esos seres erizados, llenos de púas y recovecos, tanto que nosotros mismos retrocedemos al verlos cuando ya son jóvenes.

Pero hay otro aspecto de suma importancia y que guarda relación con este tema y es la otra expulsión, confinamiento y marginación, que se establece en la nula presencia del niño en los medios de comunicación (siempre que no sea la utilización barata, comercial, o el rol de telón de fondo, que se le da en las series sentimentales o en las propagandas que se difunden entre uno y otro programa); refiriéndonos con ello a espacios y contenidos preparados para recrear desde él y hacia él, la vida y el mundo.

La razón de esa ausencia flagrante es muy simple, nos lo explica la siguiente respuesta, cierta pero que deja patente su tremendo cinismo y que la ofrece un empresario cuando se le pregunta por qué no hay espacios para los niños en la radio y la televisión y él responde: "la realidad del niño en los medios de comunicación es totalmente antieconómica"

## 7. El derecho a la imaginación

Para finalizar, precisaremos que hay un derecho de la persona humana, que lamentablemente no está considerado en ninguna declaración de principios de los Derechos del Hombre y que tampoco está reconocido en ninguno de los instrumentos siquiera formales que abogan por los derechos del niño, y es el derecho a la imaginación, a la ilusión y a la utopía, justo aquello que caracteriza y define al niño, y que no reconocerlo es como no darle carta de ciudadanía, porque un niño fundamentalmente es ciudadano de todo lo que es ideal.



Tal derecho a la imaginación es contrario a los esquemas, a los programas preestablecidos, a las organizaciones verticales, como son los sistemas educativos actuales en nuestras sociedades. La imaginación es contraria al sistema establecido, a esta especie de "gheto" en que nos desenvolvemos; es contraria a la miseria, solo en parte determinada por la precariedad económica porque la otra es la precariedad peor: la de las concepciones del mundo y la vida. Todo eso es lo que hizo gritar a Mark Twain: "¡Viva la ilusión!".

La imaginación es contraria a la pobreza estructural en que vivimos, es opuesta a este régimen de ordenamiento en el hogar, en la escuela y en la sociedad en que ahora nos debatimos, porque aquella es creatividad, vida, generosidad; contraria, por supuesto, a la prensa, a la radio y a la televisión que tenemos; contraria a la familia, a los padres y al mundo en que vivimos y que es obligación hacer promesa y juramento de cambiar.

